



EDICIONES  
BISTAGNE

50<sup>cts</sup>

# GRETA GARBO

BIOGRAFIA ANECDOTAS POSTAL REGALO  
¿POR QUE GRETA GARBO ES "UNICA" ?

**BIOGRAFÍA Y ANÉCDOTAS**

de la eximia "estrella"  
de

**Metro-Goldwyn-Mayer**

**G R E T A  
G A R B O**



**EDICIONES BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 1.981  
**BARCELONA**



## Interviu imposible

¿Visitar a Greta Garbo? Esta pretensión descabellada se apartó en seguida de nuestro pensamiento. Si se hubiera tratado de Mussolini, del príncipe de Gales, del presidente Hoover, habríamos intentado la entrevista sin que flaqueara nuestra audacia reporteril. Pero no era un príncipe, ni un presidente, ni un jefe de estado lo que tentaba a nuestra pluma informadora. ¡Era Greta Garbo!

Teníamos el convencimiento de que esta artista genial había llegado a ser la mujer más popular del mundo y sabíamos que lo que más le molesta es cruzar dos palabras con una persona desconocida. ¡Cuántos maestros del reportaje se han estrellado contra la misantropía de esa enigmática criatura! ¡Cuántas manos han llamado inútilmente a su puerta! ¡Cuántas horas perdidas, cuaderno y lápiz en mano, a la puerta de su casa y del estudio!

Greta Garbo es la única persona de Hollywood contra la que nada han podido la tenacidad y el heroísmo del periodista norteamericano.

Con estos antecedentes, ¿no habría sido una locura cruzar el charco sólo para intentar que Greta nos contara su vida?

He aquí por qué y cómo llegamos a tomar esta determinación, un tanto humillante para un reportero que se estima en algo:

—No visitaremos jamás a Greta.

## Pero un día...

Nos hallábamos circunstancialmente en una capital extranjera, cuando, una mañana, nos tropezamos en la agitación de una calle céntrica a un antiguo conocido. No teníamos gran intimidad, pero el hecho de que él fuera sueco y yo español, es decir, los dos extranjeros en aquel país, suplió la falta de confianza y nos saludamos tan efusivamente como si hubiéramos ido al colegio juntos.

La mañana era espléndida. Los dos teníamos ganas de hablar y convinimos dar un paseo.

Sin duda porque sabía que nosotros andamos siempre mezclados en las cosas del cine y que el tema nos interesaba, encauzó la conversación por estos derroteros y poco después estábamos enzarzados en una discusión respetuosa pero viva.

Greta Garbo era la culpable de la disputa, lo cual no dejaba de resultar curioso si se tiene en cuenta que los dos éramos entusiastas de la gran artista y los dos habíamos empezado por colocarla como estrella de primerísima magnitud en el firmamento de Hollywood.

Acababan de llegar a Europa las primeras muestras del cine hablado y pretendía nuestro amigo que Greta Garbo seguiría siendo la misma en la pantalla sonora que en la muda.

No habíamos oído aún la voz de Greta Garbo, pero no necesitábamos oírla para rechazar la afirmación del sueco.





*Greta Garbo*

—La pasión le ciega a usted, amigo mío. Greta Garbo es grande precisamente por su mutismo. Ella ha sabido arrancar al silencio secretos de emoción que nadie conocía ni sospechaba. Ella es la artista única e inimitable en sus gestos, en sus movimientos, en sus miradas, en todo, en fin, lo que expresa sin hablar. Ella es la única que no lo he visto, pero estoy seguro—ha podido independizarse de la tiranía del director que todo lo marca y lo mide. Ningún director puede haberle dicho a Greta: "Haga usted esto." Porque lo que ella hace es algo que el director no ha podido soñar. El director se sorprendería, como se sorprendió el público, al ver los medios que empleaba Greta para expresar las cosas. Es un sistema desconcertante, personalísimo y de una eficacia formidable. Otra actriz cualquiera hubiera hecho un gesto diferente, a lo mejor contrario, para comunicar una emoción determinada. Ese gesto es también el que el director habría dictado, porque anteriores experiencias le habían dado la seguridad de que era el mejor.

Sin embargo, he aquí que surge esa mujer de tez blanca, al parecer inexpresiva, y yendo contra toda lógica y toda norma establecida, consigue, no lo mismo sino mucho más. ¡Oh, esos papeles de mujer incomprensida y amargada por esa incomprensión que ella representa! Rápida, nerviosa, va de un lado a otro, retorciéndose las manos, incapaz de guardar una misma actitud durante más de un segundo. Sin embargo, no hay nada de atolondramiento en ese proceder. Los pasos son firmes, los movimientos seguros. Y es que todo lo que Greta hace en ese momento lo improvisa, mejor dicho, deja que su alma, posesionada del papel, lo improvise. Estoy seguro de que, en esos momentos, el riguroso director, olvidándose de su importancia, es un espectador más, asombrado e ingenuo, que sigue las genialidades de la actriz. Y hay que ver cómo ese rostro pálido y frío adquiere, por impulso misterioso, una fuerza arrolladora de expresión. Yo oíré llorar a una mujer des-



garradoramente y no me convencerá tanto de que sufre como cuando Greta Garbo dirige una mirada de dolor o hace una ligera mueca de amargura.

Nuestro amigo nos escuchaba con una sonrisa de comprensión ante nuestro desbordado entusiasmo. El no se habría entusiasmado así porque es de un país donde el hielo impera, en oposición al nuestro, donde no puede haber hielo bajo el ardiente sol; pero, en el fondo sus sentimientos respecto a Greta eran los mismos que a nosotros nos habían arrebatado.

—Todo lo que usted ha dicho me parece muy bien. Greta es el genio que se deja dominar por su propio arte.

—Y es magnífico y sorprendente ver cómo bajo el hielo exterior arde el fuego interno cuando Greta representa uno de esos papeles de mujer apasionada que tanto han apasionado a los públicos. Mármol maravilloso que vibra y quema. Su cuerpo elástico dice en un solo movimiento más que una larga confesión.

—Suscriba todo eso.

—Entonces tendrá que suscribir también lo que voy a decir ahora. Todo eso, todo ese juego de gestos y movimientos maravillosos, ¿no han de perder el encanto cuando el menor ruido los turbe?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

—¿Cómo puede estarlo si Greta Garbo no nos ha hablado todavía?

—¿Quién le ha dicho eso? Yo he visto en Norteamérica dos películas habladas de Greta que muy pronto se proyectarán en Europa. En ellas verá usted que el micrófono no la ha hecho descender un solo milímetro en su pedestal.

—Hasta que las vea no me convenceré de que no han de decepcionarme.

—Yo también era de esa opinión. Pero cuando conocí

a Greta y la ví tal como es en la realidad, hablando y moviéndose, viviendo, en fin, su vida cotidiana, me convencí de que esa mujer sería siempre la misma, porque el arte está dentro de ella y surge a la menor válvula de escape que se le ofrezca.

Pero nosotros no oímos las últimas palabras de nuestro interlocutor. Cuando él dijo "conoci a Greta Garbo", nuestro pensamiento se quedó allí, asido fuertemente al significado de la frase.

Significado en verdad sorprendente.

Aquello quería decir que nuestro amigo tenía amistad con Greta Garbo, que había alternado con ella, que acaso ella le había hecho confidencias sobre su vida.

El sueco nos miraba fijamente, sorprendido sin duda por el efecto que sus palabras nos habían producido.

—Diga usted—le preguntamos con vehemencia—, ¿era usted muy amigo de Greta Garbo?

—Dentro de su complejidad, Greta es una mujer sencilla que abre en seguida su corazón a las amistades, bien es verdad que escasas, que se decide a tener.

—¿Y sabe usted cosas de su vida?

—Ya lo creo. Tantas sé que podría escribir un tomo biográfico sobre ella.

Al oír estas palabras cogimos al sueco por el brazo y le zarandeamos irrespetuosamente.

—¡Usted es nuestra salvación!—le dijimos con tono melodramático.

—¿Yo?

—Sí, usted. Le explicaré, amigo mío.

Y le explicamos la obsesión que para nuestro espíritu reporteril había representado siempre una entrevista con la gran estrella, y los poderosos motivos que tuvimos para abandonar la idea, con harto dolor de nuestro corazón.

—Y he aquí por dónde—terminé—cuando menos lo esperaba surge la posibilidad de que haga esa entrevista por mediación de usted. Greta Garbo le contó a usted





*Greta Garbo, en el baño*

cosas. Pues bien, usted me las cuenta a mí y yo las cuento al público.

Habíamos dejado de ser el amigo respetuoso. Éramos únicamente el reportero ávido y egoísta que sólo piensa en su información. No suplicábamos: exigíamos.

Menos mal que estábamos ante un hombre comprensivo y generoso que, en vez de sentirse ofendido por nuestra impertinencia, contestó con una sonrisa:

Estoy a su disposición, amigo mío.

### **Greta Garbo, antes de ser artista de cine**

—Lo primero que querrá usted saber, sin duda, es el principio de la vida de Greta.

—Ciertamente. El principio es lo primero.

—Pues es un principio muy curioso. Verá usted. El año 1906 —esto es, hace veinticinco años: apunte usted esa cifra que indica la edad de Greta—, nació en el barrio del Sur de la ciudad de Estocolmo, que, como usted sabe desde que iba al colegio, es la capital de Suecia. Puede usted anotar hasta el domicilio de sus padres. Calle de Blekingegaten, número 32.

—¡Magnífico! Cualquier detalle referente a la artista misteriosa ha de interesar al público.

—Pues más va a interesarle esto. Greta Garbo no se llama exactamente así, sino Greta Louvisa Gustafsson Garbo.

—¡Atiza!

—Sabía que había de sorprenderle.

—No me negará usted que en Suecia hacen cosas muy  
raras.



—Naturalmente, Greta concretó y dejó la cosa en las dos palabras con que todo el mundo la conoce.

—Eso prueba que es una mujer inteligente y de buen gusto. Pero siga usted. ¿Estaban en buena posición sus padres?

—No eran ricos, pero en la casa de Greta ingresaba lo necesario para que la familia viviera con desahogo. Sólo cuando, a los cuatro años del nacimiento de Greta, murió el padre...

—Perdone. Pero sería preferible que no diera usted saltos de catorce años. Dígame algo de la infancia de Greta. ¿Era una niña como todas las demás?

—Era una niña diferente a todas las demás. Las diferencias que hay entre Greta de ahora y la generalidad de las mujeres, ya las había entre la pequeña Greta y la generalidad de las niñas. No jugaba con las compañeras de colegio ni con los hijos de los vecinos porque detestaba las compañías numerosas. Prefería estar a solas con ella misma. Aun hoy sostiene que, de vez en cuando, convendría dejar solos a los niños para que fueran pensando en las cosas del mundo. Sin embargo, los juegos le gustaban. Era una gran patinadora y se distinguía en otros deportes de nieve.

—¿Tiene hermanos?

—Ahora, uno. Entonces tenía dos, varón y hembra. Ella era la menor de los tres. Sin embargo, siempre llamó a su hermana "mi hermanita pequeña". Y es que su carácter la llevó a conducirse con ellos como una madrecita. Ellos obedecían a Greta y acudían a consultarle sus problemas infantiles, acatando sin vacilar sus decisiones y sus consejos. Sin embargo, no puede decirse que Greta era una niña modelo, pues su carácter adolecía ya de la inestabilidad que tiene ahora y pasaba de la alegría a la tristeza con la rapidez con que pasa el pájaro de una caña a otra de su jaula.

—¿Se manifestaron muy pronto en ella las aficiones artísticas?

—Tan pronto como tuvo conciencia de sí misma. Esa inclinación debió de nacer con ella. Aun no había entrado en un teatro y ya jugaba con sus hermanos a representar comedias. Ella se repartía siempre el papel de protagonista y se maquillaba, pues sabía por referencias que la pintura es imprescindible para las artistas. Cuando tenía siete años, su inclinación por el arte escénico era tan viva que todas las tardes se situaba cerca de la puertecilla del escenario del Southside Theater para ver salir y entrar a los artistas. Un día el portero la dejó entrar "a echar un vistazo" y aquella tarde fue memorable para Greta que pudo contemplar a las artistas vestidas con sus brillantes trajes de escena, y ver cómo eran los camerinos, y todo, en fin, lo que un teatro es de bastidores adentro. A los doce años asistió a una función teatral por primera vez y también esa noche dejó huella imborrable en su vida.

—¿Demostró ser una niña lista en el colegio?

No creo que pudiera demostrar tal cosa, pues lo detestaba. La ponía fuera de sí aquella sujeción, aquella regularidad mecánica con que todo se hacía allí. No hay cosa que la irrite tanto como que una persona pueda parecerse a una máquina. La única asignatura con que transigía era la historia, porque en ella se referían hechos heroicos y sensacionales. El recreo la enojaba sobremanera. No quería una libertad a hora fija y fiscalizada por los ayudantes del director.

—¿Le gustaba el cine?

—Sí, pero jamás pensó en imitar a las artistas de la pantalla. Su verdadera afición era el teatro. Y aun hoy ese amor permanece en ella inextinguible.

—Por favor: sígame hablando de la pequeña Greta.

—¿Pequeña?... Según lo que quiera usted significar con esa palabra. A los doce años Greta era tan alta como es ahora. Era una niña delgada y larguirucha... Murió el cabeza de familia cuando Greta estaba terminando sus





*Greta Garbo*

estudios en el colegio. Las cosas cambiaron mucho. Los ahorros que el padre dejara eran muy escasos. La familia necesitaba nuevos ingresos para hacer frente a las necesidades de la vida. Sus dos hermanos mayores tuvieron que buscar trabajo y lo mismo hizo Greta meses después, cuando terminó sus estudios.

—¿Y trabajó?

—Sí, trabajó, pero ¿sabe usted de qué?

—¿Acaso de mecanógrafa?

—Nada de eso. No lo puede acertar.

—Entonces, lo mejor es que usted lo diga—apremiamos con impaciencia.

—Pues Greta ingresó como aprendiz en una barbería.

—¿Qué atrocidad!

—¿Lo duda usted?

—¡Hombre, tanto como dudarle!... Pero, la verdad, Greta Garbo como aprendiz en una barbería, Greta Garbo paseando su incomparable gentileza entre rostros sin afeitar y sobre una alfombra de puntas de cabello, es algo que rechaza un alma de espectador empapada de sus espiritualidades. Pero ¿qué hacía Greta Garbo en la barbería?

Enjabonaba los rostros que después afeitaba el oficial.

—¡Horror!

—Y menos mal que encontró trabajo.

—¡No hay derecho! Suecia habrá de avergonzarse de haber consentido que las manos de Greta se emplearan en tan grosero menester.

—Es la vida...

—¿Hizo durante mucho tiempo ese trabajo?

—No. En seguida tomó otro que se ajustaba mejor a sus cualidades, ingresando en un gran almacén de modas, como dependienta.

—Eso ya es otra cosa.

—Fue destinada a la sección de sombreros y, con gran satisfacción por parte de sus jefes, vendía mucho más



que sus compañeras. Cuando la venta era difícil, Greta se ponía el sombrero y la compradora quedaba convencida de que no había en el mundo otro sombrero tan bonito como aquel. Después, al ir a casa y ponérselo ella, el sombrero perdía todo su encanto, pero la venta estaba hecha ya.

—Siga usted. Todo eso es muy interesante.

—Pues allí, en esos almacenes, empezó su carrera artística; allí encontró la ocasión de probar sus facultades ante la cámara. Pero antes demostró sus cualidades fotogénicas ante una simple máquina fotográfica. Verá usted cómo fué.

—Así me gusta. Detalles, cuantos más detalles mejor. Usted es mi providencia.

—Pues un día entró el director de publicidad en la sección de sombreros y pidió a la encargada los modelos principales para hacer de ellos unos clichés e ilustrar un catálogo. La encargada eligió rápidamente los modelos y para demostrar al director que eran muy bonitos, esto es, que ella sabía elegir, quiso que los viera puestos. Llamó a Greta y fué colocándole los sombreros, uno a uno. El director quedó encantado. Aquellos sombreros formaban una bella combinación con la cabeza de la joven dependienta y decidió fotografiarlos así en vez de solos. Y así fué cómo los catálogos de aquella temporada —la primavera de 1921— de los almacenes de modas Bergsten iban ilustrados con el rostro de la mujer que años después había de conquistar fama mundial.

## Greta, estrella de la pantalla

—¿Y dice usted que en el almacén de modas hizo su primera película?

—Verá usted lo que sucedió. Un día se presentó en el almacén el capitán Ring, jefe de una casa sueca que hacía películas de publicidad. Habló con el jefe de propaganda y convino con él en impresionar un film de los principales modelos de la casa. Se realizaron en seguida las pruebas fotogénicas y el jefe de propaganda se acordó oportunamente de lo bien que habían quedado las ilustraciones del último catálogo. Indicó al capitán Ring que Greta podía serle útil y él se dispuso a probarla. Siguiendo las órdenes de sus jefes, Greta vistió un traje de montar, a cuadros, mucho mayor que el que su cuerpo necesitaba, pues pretendían que no faltara en la película la nota cómica. Greta estuvo muy bien. Cumplió su misión de hacer reír a los espectadores y demostró tales cualidades, que el capitán le ofreció trabajo en cuantas películas de propaganda tuviera que impresionar desde entonces. Pasaron los meses. Un día, el director cinematográfico Petschler, pasaba cubibajo por las calles de Estocolmo. Tenía que comenzar la impresión de una película en el plazo de dos semanas y aun tenía que buscar a los artistas que representarían los segundos papeles. Su mirada distraída tropezó de pronto con una muchachita que contemplaba un escaparate. Se detuvo a examinarla. Su singular belleza, su cuerpecillo delgado y flexible, su expresivo semblante, le hicieron pensar: "Esta es una de las muchachas que yo necesito." Pero la joven, molesta por aquella impertinente mirada que





Greta Garbo y Nils Asth en "Tentación"

la recorrió de arriba abajo, volvió la espalda al caballero y se perdió entre la multitud. Dos días después Petschler entraba casualmente en los almacenes Bogström, acompañando a dos de sus artistas que querían ad-

quirir unos sombreros. Al ver a Greta, se quedó muy sorprendido. "¡Qué coincidencia!—debió de pensar—. Aquí está la muchacha del escaparate!" Al enterarse de que aquel caballero era director de una casa de película, Greta le dió un trato muy distinto y aquella buena armonía dió lugar a que la dependienta, al día siguiente fuera probada por Petschler en su despacho. La prueba resultó satisfactoria y quedó Greta contratada. La dependienta pidió permiso para faltar al trabajo durante los días que durara la filmación de las escenas en que había de tomar parte. Sus jefes se lo negaron y Greta se despidió del almacén de modas. La atraían mucho más las dificultades de la carrera cinematográfica que su sencillo y seguro trabajo de vendedora de sombreros.

¿Qué papel representó Greta en la película de Petschler?

—Hizo de bañista. Un papelito sin lucimiento ni importancia, pero que le sirvió para convencer a Petschler de que allí había una actriz y le prometió reservar-le papeles más importantes en las nuevas películas que filmara.

—¿Y cumplió su promesa?

—Verá usted. Petschler era un director de poca categoría. Le costaba mucho encontrar capitalistas para sus producciones. Y el tiempo pasaba y Greta no obtenía su nuevo papel y, con el nuevo papel, el nuevo sueldo, que en seguida empezó a hacerle mucha falta. Sin embargo, aquel compás de espera, que ya iba resultando demasiado largo, fué bien aprovechado por la artista en ciernes. Greta comprendió que carecía de educación artística y que sin ella no iría nunca a ninguna parte. Se decía, y con razón, que aun suponiendo que llevara dentro el fuego sagrado, éste no saldría al exterior si no aprendía a hacerlo salir. Y decidió tomar esas lecciones en tanto llegaba la nueva oferta de Petschler. Había a la sazón en Estocolmo un profesor de arte escénico llamado Franz Ewvall, que gozaba de gran preponderancia:



por haber sido director del Teatro Dramático, Greta fue a visitarlo y le expuso su situación y sus propósitos. Ewall la escuchó con simpatía y le aconsejó que intentase ingresar en la Escuela Dramática. El la ayudaría a llevar a cabo la empresa. Greta, encantada y agradecida, prometió seguir al pie de la letra los consejos del maestro, y llegó el día en que había de afrontar la difícil prueba del examen. Dos docenas de expertos formaban el jurado. Críticos, artistas de renombre, técnicos de la dramática, actores... Hay que tener en cuenta que Greta no había cumplido aún diez y siete años. A esa edad es muy difícil dominar los nervios. Dirigióse la futura estrella al teatro donde la prueba había de realizarse. Las piernas le temblaban. Al ver los graves rostros de los señores que formaban el tribunal, aumentó su turbación y, cuando llegó el momento de comparecer ante el jurado, ni siquiera veía. Tenía que recitar unos fragmentos de un drama. Comenzó y terminó sin que ella misma se diera exacta cuenta de lo que había hecho. Al salir del escenario, su cuerpo, incapaz de seguir soportando aquella intensa emoción, acabó de perder las fuerzas y Greta cayó desvanecida.

—¿La suspendieron?

—Haga el favor de tener calma. Volvió en sí en seguida. Se dio cuenta de lo que había sucedido, y se dijo que había hecho un ridículo espantoso. Dió por supuestas las calabazas y, temblando de rabia y de vergüenza, salió del teatro sin despedirse de nadie. Aquella noche no durmió. Al día siguiente se sentía enferma. Se habían roto sus sueños. Tendría que volver al almacén de modas a implorar el empleo que había abandonado. ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! Pero he aquí que al tercer día recibe una carta de la Escuela notificándole que había sido aprobada y que debía personarse allí en seguida.

—¡Atiza! Pero ¿no quedamos en que lo había hecho mal?

—¿Usted cree que Greta puede hacerlo mal alguna vez? Además, lo hiciera mal o bien, allí estaba su expresión inimitable, sus gestos, su semblante. Todo esto está empapado de arte y no hace falta que Greta intente demostrarlo, pues por sí solo se manifiesta.

—De acuerdo. Tenga la bondad de seguir.

—Excuso decirle la alegría que experimentó. Acudió a la Escuela. Practicó durante dos cursos y obtuvo un pequeño contrato. Antes había sucedido algo que influyó considerablemente en la carrera de la artista. Su profesor la había dicho un día que estaba en Estocolmo Mauritz Stiller, el gran director de películas y que andaba en busca de una muchacha. Trabajar con el gran Stiller constituía para Greta una tentación y aquella misma tarde, después de las clases, se dirigió al domicilio del director cinematográfico... Preste a esto mucha atención, pues el nombre de Stiller había de significar mucho en la vida de Greta Garbo.

—¿En qué sentido?

—Más adelante lo verá usted. ¿No le parece que es conveniente proceder con orden?... Stiller no estaba en casa y Greta esperó. No tardó en llegar el maestro. Hizo entrar a Greta en su despacho y, al conocer sus propósitos, se la quedó mirando fija y minuciosamente. Fue una mirada que la recorrió desde la punta de los zapatos a lo más alto de la cabeza. Naturalmente, Greta estaba violentísima. Aquella mirada, aunque con intención puramente artística, no se detenía ante ningún obstáculo y a ella le pareció como si tuviera la facultad de atravesar la ropa. Estuvo Stiller un buen rato en silencio y por fin formuló algunas palabras que no tenían nada que ver con el cine. Fueron unas frases de cortesía, pronunciadas por pura fórmula. Le pidió el número del teléfono y dió por terminada la entrevista.

—¿La impresión de Greta?

—La misma que cuando realizó el examen para ingresar en la escuela dramática.





Greta Garbo

—¿Y el resultado?

—También semejante. Cuando ella se decía que había fracasado y perdido una oportunidad preciosa, Stiller la llamó al *studio* de la "Rasunda Film Company" para hacer una prueba.

—Esta vez no se pondría nerviosa.

—Ya lo creo que estaba! Cuando se dirigía en tranvía al *studio*, se extrañó de que el vehículo andara como sobre piedras. Pero no era el tranvía sino ella quien temblaba. En el *studio* la maquillaron y la condujeron ante Stiller, el cual, indicándole una cama que había en un ángulo, le dijo: "Se ha de acostar en esa cama y fin girse muy enferma." Greta se quedó estupefacta. ¡Vaya un papelito! Pero se acostó e hizo todo lo posible por aparentar que estaba muy grave. La mirada fría de Stiller le hizo pensar otra vez que había fracasado; pero días después, una vez examinada la prueba en la pantalla, recibió el aviso de que había de interpretar uno de los principales papeles de la película "Gosta Berling". Los periódicos habían hablado ya mucho de aquella producción que, anticipadamente, colocaban en la primera categoría de films europeos. Comprenderá usted lo que aquel aviso significó para Greta.

—Ya era artista profesional.

—Ahora Greta no puede filmar si hay mucha gente delante, pero entonces llegó al extremo de que tuvieron que dejarla a solas con el cameraman. Si siquiera la presencia del director podía soportar.

—Pero triunfó.

—Triunfó hasta el punto de que Stiller presagió el brillante final que había de tener la carrera cinematográfica de Greta. Una vez terminada la filmación de "Gosta Berling", Greta volvió a la Escuela Dramática y obtuvo el pequeño contrato de que le he hablado antes, pero no pudo actuar porque Stiller la necesitó de nuevo y logró que se rescindiera el contrato de Greta. La nueva película había de rodarse en Constantinopla y allá fue



Greta con toda la compañía. Entre ella y Stiller se había tendido un lazo de amistad y confianza que ya no se debilitaría hasta que la muerte de Stiller lo rompiera. No sólo veía en Mauritz a su director sino al amigo generoso, al protector desinteresado que la defendía y la ayudaba siempre como si Greta fuera su hermana menor. Sólo al calor de aquel afecto y aquella confianza pudo Greta soportar su estancia en la capital de Turquía, lejos de la patria y del hogar que abandonaba por primera vez. Al regresar Stiller le consiguió otro papel en una película que iba a impresionarse en Berlín por cuenta de una casa muy importante. Esta película fue "La calle del pesar".

—Pero, entonces, cuando Greta Garbo fue a América era ya una estrella de la pantalla...

—Ya lo creo. Se llevó consigo una buena provisión de éxitos.

—¿Y cómo fue el marcharse?

—Verá usted. Cuando se estaba filmando "La calle del pesar", llegó a Berlín Louis B. Mayer, suprema autoridad a la sazón de la casa Metro Goldwyn Mayer. Al parecer, venía con el propósito de llevarse a Stiller, pues en seguida comenzó a tratar con él de la firma de un contrato. Después de largas conversaciones se pusieron de acuerdo y Stiller firmó. Una de las condiciones que éste había puesto era la de que fuera contratada también Greta Garbo, la cual firmó un compromiso con la gran entidad norteamericana. He aquí cómo Greta Garbo ingresó en los *studios* de la "Metro".

—¿Era ventajoso el contrato?

—Tres años de duración. El primero cobraría Greta 400 dólares semanales; el segundo, 600, y el tercero, 750.

—¿Y después?

—Ya hablaremos de eso después. Ahora déjeme usted tomar alientos. Echemos un pitillo.

## Greta Garbo en Hollywood

Pues, contratada en esas condiciones, cruzó el Atlántico. Tuvo que permanecer tres meses en Nueva York antes de continuar el viaje hasta California. Greta no olvidará nunca aquellos tres horribles meses.

—¿Horribles?

—Sí. Greta estaba acostumbrada a vivir entre los hielos de su patria y llegó a Nueva York en la época del calor. Se asfixiaba. Se pasaba horas enteras sumergida en la bañera de su habitación en un hotel que le parecía sumamente raro y distinto a los hoteles y a las casas de su tierra. Llegaron por fin a Hollywood. Greta quedó sobrecogida ante la magnitud de aquellos *studios*, enormes como ciudades, y llenos de máquinas que le daban un aspecto de fábricas colosales. Un verdadero ejército de empleados llenaba los escenarios durante el rodaje de las escenas y éste fue uno de los principales motivos de inquietud para la artista recién llegada de Europa. Para colmo de sus males no comenzó por trabajar a las órdenes de Stiller, sino a las de Monta Bell, en la película "El Torrente". Ella que no había demostrado nunca poseer el don de la puntualidad, tenía ahora que acudir al *studio* muy de mañana y permanecer allí hasta las primeras horas de la noche. Ella no estaba acostumbrada a aquel trabajo abrumador y había de hacer grandes esfuerzos para cumplir. Terminada esta película, los periódicos comenzaron a ocuparse de Greta y en seguida se le designó un nuevo papel en la película "La tierra de todos". Había de dirigirla Stiller, pero su carácter no se amoldaba a las costumbres norteamericanas.





Greta Garbo en una escena de "El bota"

uas y sobrevino el rompimiento. Fué substituido por Fred Niblo y Greta tuvo que afrontar por segunda vez la ingrata obligación de trabajar a las órdenes de un extraño que le hablaba en un idioma que ella no entendía.

—Sin embargo, otra vez triunfó.

—Sí. Y aun no había tenido tiempo de descansar cuando le remitieron el argumento de la película "El demonio y la carne" para que lo leyera y se preparara a representar el papel de protagonista.

—Ese fué en realidad su primer gran éxito.

—Un gran éxito que estuvo a punto de no obtener.

—¿Por qué?

—Porque no quería trabajar en esa película.

—Es curioso.

—No le gustaba el papel de vampiresa. Le parecía estúpido que una mujer no tuviera más misión que la de vestir trajes suntuosos y haciendo alarde de su poder de seducción.

—Pero accedió al fin.

—Dijo francamente a los dirigentes de la "Metro" que no quería representar aquel papel porque estaba segura de que no le cuadraba y podrían encontrar otra que lo hiciera mucho mejor que ella. Pero no le hicieron caso. Entonces Greta se sintió enferma para ver si así la "Metro", que tenía mucha prisa por filmar "El demonio y la carne", le buscaba una substituta. Pero la "Metro" se dispuso a esperar a que se restableciera y en vista de ello, Greta decidió pasar los malos ratos cuanto antes y fué a los studios. Poco tiempo después aquella película daba a Greta Garbo fama universal y la elevaba al rango de la mujer más admirada del mundo.

—¿Conoció entonces a John Gilbert?

—Ya le conocía, pero hasta que filmó "El demonio y la carne" no tuvo con él verdadera amistad. Una amistad que por cierto fué para Greta preciosa. Desde el primer momento sintió hacia John verdadera simpatía y él se condujo con ella como un a modo de guía y consejero en aquel ambiente que era para Greta extraño e incomprensible. Esto unido a la alegría que le produjo el saber que Stiller comenzaba a abrirse camino en Norteamérica, donde se iban ya reconociendo sus méritos.



excepcionales, le hizo soportable la vida en Hollywood, cuando ya Greta comenzaba a tener fama de ser una mujer compleja e incomprensible.

—Ahí terminó la lucha, ¿verdad?

—Se equivoca usted. Una vez terminado "El demonio y la carne" se pretendió que Greta volviera a desempeñar un papel de vampíresa en la película "Las mujeres adoran los diamantes". Ella protestó. Por toda respuesta, la "Metro" le mandó llamar para que comenzara su trabajo. Pero Greta era más terca que la "Metro" y no fué. Entonces la casa le anunció que había quedado roto su contrato y que, por consiguiente, no tenían obligación ninguna de pagarle. Y Greta estuvo siete meses sin trabajar y sin cobrar. Los periódicos comenzaron a comentar la situación apurada en que se encontraba la "incomprensible y terca" Greta Garbo y ella estuvo a punto de emprender el regreso a su patria, pero un amigo le aconsejó que tomara un administrador y que dejara a él en absoluta libertad para que dirigiera sus asuntos económicos. Ese mismo amigo le presentó a Harry Edington y éste fué desde entonces su administrador... y su salvador. En seguida le hizo firmar un nuevo contrato más ventajoso de lo que ella hubiera podido soñar. Y desde entonces los negocios de Greta Garbo han ido como una seda y no ha habido lugar a nuevas rupturas ni discusiones. Y ahí tiene usted lo que ha sido la vida de Greta Garbo, desde que dió sus primeros pasos por la vida hasta que llegó a la cumbre más alta del arte cinematográfico.

## Greta Garbo y sus amistades

—¿Está usted satisfecho?

—Macho. Al lector le parecerá admirable poder recorrer la vida de Greta Garbo en pocos minutos y con tanto lujo de detalles. Pero...

—¿Le sabrá a poco?

—Usted lo ha dicho.

—Pues sigamos. Pregunte usted.

—Es usted la amabilidad personificada. Dígame, ¿tiene Greta muchos amigos?

El sueco sonrió un poco jactanciosamente.

—Si los tuviera, su información perdería la mitad de su valor. Lo que yo le estoy diciendo son cosas que sabemos muy pocos. Greta, desde que es estrella de primera magnitud no ha tenido más arriba de una docena de amistades y entre ellas tengo el honor de contarme yo. Sucede, además, que los que han tenido la suerte de obtener de ella confidencias las guardan como un tesoro, a pesar de lo mucho que hace el "mundillo" de Hollywood por arrancárselas. Porque usted no puede imaginarse la sensación que esa mujer produce en el emporio del cine y la expectación que despierta. Ella, firme en su propósito de no doblegar ante nada ni nadie su modo de ser, lleva una vida de aislamiento y silencio que desespera a las mirronadoras de Hollywood. Recibe a montones las invitaciones para asistir a fiestas que se dan con el único objeto de intentar la aproximación de su persona, pero ella se excusa siempre. Ser amigo de Greta Garbo, equivale en Hollywood a poseer un mérito excepcional. En seguida recibe usted mil invitaciones pa-





Greta Garbo

ra comidas, fiestas y bailes y tendrá usted que hacer frente, si acepta, a un verdadero diluvio de preguntas, todas encaminadas al mismo fin, es decir, a romper el misterio que rodea la vida de Greta Garbo.

Estará usted satisfecho de su suerte al haber conseguido lo que tan pocos consiguen.

—Ciertamente. Pero no hice nada por lograrlo. Era muy amigo de uno de los pocos amigos de Greta y él se ofreció a presentarme. Por ser sueco y hombre ajeno a los negocios cinematográficos, Greta aceptó. Y al ver que yo no la importunaba con preguntas y le hablaba como si ella no fuera una artista de cine, me honró con su simpatía y con su confianza.

—¡Qué felicidad!

—Realmente es una amiga encantadora. Tengo pruebas incuestionables de la generosidad de su corazón. Sin embargo, lo de la complejidad de su carácter es una gran verdad. Su estado de ánimo cambia como el clima de febrero. A veces está alegre y se siente satisfecha de la vida. Otras, se considera a sí misma una mujer profundamente desgraciada.

—Son las irregularidades propias del genio.

—La irrita la vida rutinaria y todo lo que es método y regularidad prefijada. No la oírás usted nunca decir: "Mañana haré esto." Pues ella no quiere saber nunca lo que hará mañana. Todo lo que no sea improvisación, inspiración momentánea, la fastidia y la abruma. Por eso le molesta mucho que un amigo le anuncie la visita con anticipación. Cuando hace eso, lo mejor será que se abstenga de ir a su casa pues "habrá salido". Del mismo modo, cuando ella dice, acosada por los ruegos: "Sí, mañana iré a verte un ratito", ya puede usted marcharse con la seguridad de que no ha de ir. Basta que esté fijada la visita, para que ésta le parezca un deber enojoso e insoportable. En cambio, cuando menos lo espere, la verá usted aparecer por su casa y la verá comportarse durante la visita con una cordialidad y una amara-



dería encantadoras. Y eso mismo ha de hacer el amigo que quiere ser bien recibido por ella. Si usted llama inopinadamente a su puerta, ella le recibirá alegremente.

—Aparte usted, ¿con qué otros amigos contaba Greta?

—Entonces estaban en Hollywood Emil Jannings y su esposa y Greta iba frecuentemente a su casa para jugar con ellos al *tennis*. También asistía a casa de los esposos Lubitch, John Gilbert y después Nils Astér han gozado de su camaradería. Pero, por lo regular, no es partidaria de hacer amistad con artistas de cine.

—Pero suponga usted que, siguiendo su costumbre, se presenta sin avisar en casa un amigo y que éste tiene visita. Aunque no quiera, ha de entablar nuevos conocimientos.

—Si Greta advierte que el amigo al que va a ver tiene visita, no pasa del vestíbulo y vuelve a la calle sin dar explicaciones al criado. Del mismo modo, cuando está en casa de un amigo y llega una visita, se despide y se va antes de que el visitante o los visitantes entren en el salón.

—Alguien tomará esas decisiones por desaires.

—Sin embargo, son sólo arranques de sinceridad. Por nada del mundo quiere Greta Garbo ser insincera. Yo creo que si todos fuéramos así, la vida resultaría mucho más cómoda.

## Características de un carácter

—Ha dicho usted que lleva una vida de impenetrable retraimiento.

—Así es. Greta no pasea su figura de ídolo por las calles de Hollywood como hacen otras estrellas. A Greta no se la ha visto casi nunca en restaurantes, cafés ni

teatros. Ni siquiera a los estrenos de sus películas asiste.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

—Se equivoca usted si cree que ella obra así por gusto. Su deseo sería ir a todas partes, a un sitio diferente cada día o cada hora. Pero la detiene la idea de la expectación que va a despertar. Nada en el mundo le molesta tanto como que se la quede mirando la gente cuando pasa por la calle o entra en algún sitio. Esto la irrita y la pone nerviosa. Yo tuve la suerte de que me permitiera acompañarla algunas noches a un restaurante ruso, suprimido ahora, que tenía el nombre de *Russian Eagle*. Era una sala enorme y escasamente iluminada, lo que permitía a Greta pasar inadvertida. Le gustan mucho las cosas rusas, especialmente la música y la comida, y esto, unido a que nadie la reconocía, era más que suficiente para que Greta se sintiera feliz. Un día aceptó mi proposición de ir al *Baltimore*, un restaurante de los más concurridos de Hollywood, y yo mandé reservar una mesa por la tarde. Como se ofrecían ciertas dificultades debido al exceso de demandas, tuve que decir que iría acompañado de Greta Garbo, con lo que obtuve inmediatamente la seguridad de que tendría la mesa reservada. Nunca lo hubiera hecho. Cuando llegamos ante el restaurante vimos que la puerta estaba atestada de una curiosa multitud que esperaba impaciente la llegada de la gran artista. El *maître* había cometido la indiscreción de anunciar la asistencia de Greta y aquello fué suficiente para que no cenáramos aquella noche en el "*Baltimore*", pues Greta, al ver a los curiosos, dió orden al chófer de que nos llevara al "*Russian Eagle*".

—Es un verdadero suplicio.

—El teatro le gusta con delirio, más que el cinematógrafo. Sin embargo, está condenada a no poder asistir a una función teatral, pues cuando centenares de gemelos se dirigen contra ella, se pone tan nerviosa y se exaspera de tal modo, que no se da cuenta de lo que sucede en el escenario. Recuerdo a este propósito que





*Greta Garbo y Douglas Fairbanks en «La mujer ligera».*

una noche tomó un palco en un teatro donde trabajaba "La Argentina". La acompañe e hice todo lo posible por ayudarla a pasar inadvertida. Entramos en el palco cuando estaban las luces apagadas y Greta se situó de modo que apenas se encendieran pudiera deslizarse al ante-

palco. Pero todo fué inútil. A los pocos minutos alguien la había reconocido e hizo correr la voz de que Greta Garbo estaba allí, y cuando vinimos a darnos cuenta todos los gemelos, con un desdén reprobable para "La Argentina", se dirigían hacia nosotros. Vi que comenzaba a retorcer el pañuelo que tenía en las manos y terminó por desgarrarlo en un exceso de nerviosismo. Salimos antes de que bajara el telón y después me enteré de que, al terminar la función, el público se había amontonado a la puerta del teatro para ver salir a la artista.

—Pero, ¿es posible que no vea sus propias películas?

—Sí las ve. Al cine va con frecuencia, siempre que no sea día de estreno. Como la oscuridad es completa durante la proyección, aunque la hayan visto entrar o sepan que está allí no pueden mirarla. Después, con salir antes de que termine la función, todo arreglado.

—¿Tiene predilección por algún artista?

—Gary Cooper es tal vez el que más le gusta y basta que se anuncie una película suya para que se decida a afrontar el problema que para ella significa cruzar las calles de Hollywood.

—¿Y no siente la nostalgia de su tierra?

—Ha hecho algunos viajes después de conquistar la fama para ver a su madre y a sus hermanos a los que quiere mucho, pero en Estocolmo la importunan ya igual que en Hollywood, e más si cabe porque la consideran cosa propia y se creen con derecho a demostrarle su admiración en todo momento.

—¿Sabe usted si tiene alguna aspiración ajena a su carrera artística en el cine?

—Ella sueña con trocar la pantalla por el escenario y se consideraría feliz trabajando en los teatros de las grandes capitales europeas. Le gusta mucho la música y posee una gramola y gran número de discos de música sueca. Otra de sus aficiones es montar a caballo, pero en estos pascos no ha permitido jamás que nadie la acompañe. Pero su afición más extravagante es la de recibir





Greta Garbo

el agua de la lluvia. Esto le parecerá a usted absurdo, pero puedo asegurarle que es una gran verdad, porque yo la he visto lanzar una exclamación de alegría al ver que comenzaba a llover e irse inmediatamente a dar un paseo a caballo. Cuando pasa mucho tiempo sin llover se pone nerviosa e impaciente. Ella misma me ha contado que alguna vez, no pudiendo soportar por más tiempo la sequía, se ha colocado vestida debajo de la ducha y ha hecho que el agua cayera sobre ella como si estuviese lloviendo.

—Terminará pescando una pulmonía.

—Es fuerte. Sin embargo, más de un catarro le ha costado su extravagante afición a recibir sobre el cuerpo el agua de la lluvia. Pero los catarros no parecen molestarle, pues todo lo que esa enfermedad exige es guardar cama y a Greta le gusta mucho estar acostada. A veces, sin estar enferma no se levanta en todo el día y lo pasa leyendo en el lecho. Otra muestra de lo que la cama le gusta es que siempre toma el desayuno acostada. Acostada y...

—¿Eh?!

—En compañía de cuatro.

—¿Carumba con Greta!

—Esos cuatro son, un perro, un loro y dos gatos.

—¡Ah!

—Los cuatro suben a la cama y le ayudan a consumir el desayuno.

—¿Recibe muchas cartas?

—Muchas.

—¿Suele contestarlas?

—Ni siquiera las lee. Sólo de vez en cuando abre alguna cuyo sello indica que llega del extranjero. La mayor aspiración de Greta es la de que la dejen en paz. Ella dice que pone toda su alma en su trabajo y que tiene derecho a descansar después. Si hay mucha gente en los escenarios de los estudios se niega a trabajar y la presencia de una sola cara desconocida la pone tan fue-





Greta Garbo

ra de sí que le es imposible dar pie con bola. Por eso cuando ella trabaja se tiene buen cuidado en no dejar que nadie se acerque. Una llegada inoportuna podría motivar que se echara a perder una escena y tuviera que repetirse, con la agravante de que a Greta la fastidian las repeticiones y nunca logra hacer las cosas tan bien como la primera vez... Para terminar con este asunto, le contaré a usted que una vez estaba comprando una corbata para regalarla a un amigo, cuando la dependiente la reconoció y le dijo: "Es usted una artista admirable." Greta arrojó furiosamente la corbata sobre el mostrador y salió de la tienda sin comprarla.

—He oído decir que siempre se la ve con trajes sencillos de hechura sastre.

—Así es, en efecto. La ropa sólo le interesa en las películas. Lleva zapatos sin tacón que parecen de hombre y si se quita la chaqueta de hechura sastre es para ponerse un sencillo jersey. En verano lleva calcetines sin medias y duerme con pijama de hombre.

—Supongo que no lo hará por ahorrar.

—No creo que lo haga por eso, pero le advierto que es muy ahorrativa. Los sirvientes han de rendirle cuentas de todo y todo lo apunta en un cuaderno que repasa a fin de mes para ver si ha gastado demasiado y llamar a los criados al orden. Es muy caprichosa, pero gasta muy poco dinero en caprichos. Las revistas de cine la entretienen mucho. Las compra todas. Guisa muy bien y se pirra por las comidas de nuestra tierra. Cuando se le da un plato de su gusto come en abundancia y no se preocupa lo más mínimo de conservar la línea. Bien es verdad que tiene la suerte de no engordar lleve el régimen que lleve. Sus compañeras deben profesarle en cuanto a esto verdadera envidia, pues ya sabe usted los sacrificios a que han de someterse para no perder la esbeltez de la figura... Es interesante lo que hizo un día para librarse de la plaga que para ella representa la admiración popular. Sin dar la noticia más que a su media



docena de amigos, alquiló una casita en los alrededores de Hollywood y la puso a nombre de un matrimonio sueco que tomó a su servicio. El nombre de Greta no constaba en ninguna parte. Hasta en el listín de teléfonos había puesto el de su criado. Así pudo vivir tranquila algún tiempo. Hollywood entero se preguntaba intrigado qué habría sido de Greta. Hasta que un día la sorprendieron entrando en su casita y veinticuatro horas después toda California sabía dónde vivía Greta Garbo y el público volvió a espiar sus entradas y salidas y a rondar la casa sólo con la esperanza de entrever su rostro y su figura un instante. Naturalmente, se volvió a mudar en seguida.

Es el colmo del horror a la popularidad.

—Pues todavía conozco otra anécdota más curiosa sobre el mismo asunto.

—Venga.

Fue el año en que, ya famosa, decidió pasar las Navidades en Estocolmo. La reservaron un pasaje en el "Kungsholm" y los periodistas no tardaron más de veinticuatro horas en saberlo. Los reporteros del este y del centro se prepararon para abordar a Greta en el tren que había de conducirla desde California a Nueva York, y, enterada la estrella, hizo lo que habría hecho un ladrón para huir a la justicia. Sus rubios cabellos se convirtieron de rubios en negros; se puso lentes y cambió su nombre por el de Alice Smith, haciendo que marcaran el equipaje con las iniciales A. S. Greta Garbo tenía que partir un día determinado, pero Alice Smith partió un día antes y nadie prestó atención en aquella muchacha morena, míope y vestida vulgarmente. Por si acaso, no bajó en el mismo Nueva York sino en la estación que precedía a la de la metrópoli y, en vez de alojarse en un gran hotel, se hospedó en el mismo, humilde y retirado, donde permaneciera tres meses a su llegada a América. Los periodistas estaban completamente despiados. Por noticias telegráficas sabían ya que Greta no



Greta Garbo y John Gilbert en una mujer ligera

estaba en California, pero que nadie la había visto partir. Hubo reportero que recorrió, uno a uno, todos los hoteles importantes de la metrópoli, en tanto Greta se reía en aquella modesta habitación en que, a su llegada



al Nuevo Mundo, había estado renegando de las incomodidades de la vida en los Estados Unidos. El buque partía por la noche, pero ella se instaló en su camarote muy de mañana. Un periodista había sido más listo que ella y tomó pasaje en el "Kungsholm", esperando tranquilamente a que, una vez el buque hubiera zarpado, Greta rompiera su incógnito. En efecto, la estrella no quería llevar lentes ni tener el cabello de un color artificial y en seguida apareció ante los viajeros tal y como en realidad era. Entonces, el periodista que había emprendido un viaje a Europa sólo por entrevistar a Greta la abordó y obtuvo una información magnífica que fué muy pronto radiada a todo el mundo. Pero Greta había triunfado en su propósito de librarse de las nubes de periodistas, fotógrafos y cameramen que la esperaban a lo largo de su viaje desde California a Nueva York... Y creo que ya le he contado a usted todo lo que sé de la vida de Greta. Sólo me resta decirle que su hermano murió mientras ella cumplía en América su primer contrato. La "hermanita menor", como Greta la llamaba a pesar de que tenía más edad que ella, era también una estrella de la pantalla y había conseguido ya en Suecia la idolatría del público. De no cortar la muerte su carrera, Greta asegura que habría llegado a ser más famosa aun que ella misma, pues, aparte sus cualidades artísticas, poseía una belleza sin igual. Greta, que adoraba a su "hermanita menor", pasó días enteros llorando cuando le comunicaron la noticia de su muerte...

## Amores.

### Greta Garbo y John Gilbert

—Ahora le voy a hacer la pregunta más interesante para los lectores.

—Usted dirá.

—¿Tiene algún amor Greta Garbo? ¿Ha habido algo de eso en su vida pasada?

—A eso no le podré contestar exactamente. No creo que haya nadie capaz de escudriñar en el corazón de Greta. Adoradores sí tiene, y muchos más de los que puede soportar su temperamento.

—¿La importunan?

—Se cansan a fuerza de sentirse desdenados. Hubo uno, cuando yo la trataba, que le enviaba diariamente dos orquídeas. Pues bien, no he visto jamás que estas orquídeas adornaran ningún mueble en casa de la artista, a pesar de que las flores le gustan mucho y compraba diariamente para ornato de la mesa del comedor y de su mesilla de noche.

—¿Y no sabe usted si algún adorador ha tenido más suerte que el infortunado galán de las orquídeas?

—Espere, hombre. Tenga paciencia. A eso voy. Se dice que estuvo enamorada de su segundo director Mauritz Stiller y que este amor fué tan profundo que no ha podido encontrar otro que lo supliera.

—Sin embargo, todo el mundo sabe que Greta Garbo y John Gilbert...





Greta Garbo

—En efecto. Probablemente, aunque de cierto nada se sabe, se llegaron a enamorar. De no ser así no se explica aquella intimidad constante; aquella amistad que hizo se les llamara "los inseparables".

—¿Salían juntos?

—Pero, ¿usted no sabe? Estaban unidos a todas horas. En aquella época Greta prescindió hasta de su media docena de amigos para dedicar todo su tiempo a John. Se les veía juntos en restaurantes que Greta no había frecuentado nunca y que después no ha vuelto a frecuentar, en teatros, en cines, en cafés. Fue como si John hubiera ejercido sobre la misantropía de Greta el efecto de un remedio heroico. Yendo con él no le importaba que la gente la mirase. En cuanto a John, le ocurrió algo parecido. John es también un carácter complejo y, a veces, intolerable. No puedo tener amigos y ha llegado a las manos con algunos periodistas. Estos pueden tolerar ciertos desaires de una dama, pero no de un hombre. John, además, suele hacer algo más que desaires y todos sabemos que ustedes no son de los que dejan pasar las cosas por alto. Algún reportero que había sido rechazado por el astro demasiado rudamente, le dedicaba unas cuantas flores en su periódico y John se indignaba. Una carta ofensiva, una cita retadora y el final era siempre el mismo: mamporros. Pues bien, este hombre irascible y un poco neurasténico parecía curado cuando estaba al lado de Greta. Bien es verdad que en la mesa del restaurante, en el palco del teatro o en el rincón del automóvil, se sentían ausentes de cuanto les rodeaba y sólo se ocupaban de ellos mismos. Era como si hubieran estado en un desierto... Meses enteros duró este idilio—sin duda no era otra cosa—y ya comenzaba a acostumbrarse la gente a verles juntos en todas partes, cuando un día, inopinadamente, John se casa con Ina Claire y Greta vuelve a su vida de aislamiento. ¿Qué había pasado entre Greta y John? ¡Vaya usted a saber! Lo más probable es que aquel idilio fuera una rareza





*Greta Garbo en «Orquídeas salvajes»*

más de aquellos caracteres complicados e incomprensibles, y otra rareza la inopinada ruptura.

—Pero el caso es que rompieron.

—¡Ya lo creo! Y de tal modo que ni siquiera en la pantalla se les ha vuelto a ver juntos.

—¿Y desde entonces?...

—Puedo asegurarle que no ha habido nada nuevo en el corazón de Greta.

—¿Usted cree que es capaz de amar?

—¡Vaya si es! Tiene un corazón muy grande. Feliz el hombre que logre ser amado por ella, porque será infinita y gloriosamente amado...





*Greta Garbo*

### **Ahora, dos palabras por nuestra cuenta**

Pronunciadas estas palabras, nuestro generoso amigo calló. Nosotros, insaciables, le hicimos nuevas preguntas, pero él nos aseguró que nada más podía decirnos de Greta porque nada sabía.

Sin embargo, nosotros teníamos la impresión de que todo lo referente a Greta estaba por decir aún.

Y es que el alma de la gran artista había quedado en el misterio. Tan enigmática se nos apareció al principio de la charla con su compatriota como después de conocer tantos detalles sobre su vida, su arte y sus aficiones.

¿Qué habrá detrás de ese carácter voluble, de ese rostro blanco y frío, de esos ojos claros y hondos como abismos? ¿Qué habrá dentro de ese cuerpo maravilloso y elástico, a veces imposible como una estatua y a veces conmovido por ondulaciones de voluptuosidad y por palpitaciones de una ardiente vitalidad insaciable?

Creímos sinceramente que Greta Garbo acabaría cuando acabara ese arte maravilloso del cine mudo que había encontrado la emoción del silencio.

Pero no. Greta Garbo habla en "Romanco"; Greta Garbo habla en "Anne Christie". Y Greta Garbo sigue siendo Greta Garbo. El soplo del genio que antes tenía



por cauce la mirada, ahora fluye con la palabra igualmente firme e irrefrenable.

Tenia razón nuestro amigo. Greta Garbo será siempre Greta Garbo.

Pero, ¿cómo es?

Eso será siempre un misterio. Para dejar de serlo, sería preciso que Greta dejara de ser Greta.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrà, 16; Madrid: Caños, 1

Tlp. Barcelona - Aribau, 296 - Teléfono 78087 - Barcelona



Ediciones BISTAGNE



Paseo de la Paz, 10 bis.  
Tel. 18901. - BARCELONA